

## BODAS

A través de mis ojos le llegaban  
ordenadas imágenes de vida:  
un valle con olivos y trigales,  
y, entre ellos, los viñedos más hermosos.  
Le llegaba también el tenso arco  
de los vuelos de otoño, las veloces  
bandadas y las cimas a lo lejos;  
y mis oídos sobre ella vertían  
olvidados sonidos, y ella, triste  
y avergonzada, como quien explica  
una muerte, quería que mis ojos  
no vieran y no oyeran mis oídos.  
Decía que se había acostumbrado  
al silencio sombrío del sepulcro  
y que toda esa luz y ese sonido  
evocaban en ella la perdida  
gracia y la redención desperdiciada.  
Cerré, para que el alma no sufriera,  
de nuevo su sepulcro y el recuerdo  
le ofrecí, que es su plato preferido.  
Así, volvió a gustar de los errores  
como sólo sabía hacerlo ella,  
viendo siempre la imagen favorable:  
si de amor se trataba, la hermosura,  
y si de voluntad, los pobres triunfos.  
Al final de ese valle había un pueblo  
cuya iglesia se alzaba dominante  
en lo alto de una loma, y parecía,  
más que iglesia, atalaya o sitio fuerte:  
evoqué las conquistas que hace el alma,  
y cómo, en una zona fronteriza,  
si no quiere perder lo que ha ganado,  
las fortifica y permanece alerta;  
y evoqué los fracasos de la mía  
y sus fallidos arrepentimientos,  
sus obras de defensa detenidas  
y las piedras tan pobres que empleaba.  
Cuando llegué a la iglesia, atardecía;  
en el altar mayor se celebraba  
una boda y oí que el sacerdote

comentaba a los fieles las palabras  
que a los corintios dirigió San Pablo,  
esas en las que dice que aunque hablara  
todas las lenguas que los hombres hablan  
y aquella de los ángeles, sería,  
sin caridad, igual que un bronce hueco,  
y que la caridad todo lo excusa,  
todo lo cree, todo lo soporta.  
Mientras la ceremonia continuaba,  
yo repetía para mí las frases  
del Apóstol y mi alma respondía  
interponiendo imágenes confusas  
que hacían tropezar mi entendimiento;  
sacaba a relucir pequeños casos  
de la rutina diaria y viejas deudas,  
también por hacerlo y mal hecho;  
mujeres más amargas que la muerte  
traía a mi memoria y maltrataba  
mi voluntad, agonizante vieja  
incapaz de impedir que los ladrones  
penetren en su alcoba y a su vista  
roben las cosas de valor que guarda;  
ésa fue desde siempre su costumbre:  
distraer mi atención con sus locuras  
y hacer así que la oración fracase.  
Cuando acabó la Misa y quedé solo  
ella había triunfado y de mi boca  
no oía ya las frases del Apóstol;  
le daba todo igual, que fuera usura,  
rapiña, orgullo, lo que amor llamamos:  
dejaba de sangrar su herida abierta,  
y no por curación, sino por muerte.

Julio Martínez Mesanza